

LA VERDAD RELIGIOSA

REVISTA MENSUAL

¡RESUCITÓ EL SEÑOR!

ERA aún entre día y noche; los rayos del sol naciente comenzaban apenas á ahuyentar las tinieblas que parecían porfiar por dominar la tierra. Y tan de mañana por las encrucijadas más bien que calles de Jerusalén van unas cuantas mujeres, María Magdalena, Salomé y otras varias. Su aspecto es de tristeza; van cabizbajas, pensativas, recelosas, como quien teme ser visto, como quien desea esquivar las miradas. No hablan siquiera; por todos los escondites y portales hay una muchedumbre abigarrada; han venido á las fiestas de Pascua y se han acomodado en un rincón, bajo un árbol..., donde han podido para pasar la noche. Por eso las mujeres de rostro triste y mirar desconfiado callan; temen que alguno de esos forasteros las oiga y las denuncie como *galileas*.

Por fin han atravesado la *Puerta Judiciaria*, y libres de tantas miradas, ya pueden franquearse. El diálogo fué original, único en la historia.

—¿Quién nos quitará la piedra de encima del sepulcro?, se decía una á otra? Bien la habían visto; era muy superior á sus fuerzas. El viernes por la tarde, el día de la inmensa catástrofe, habían estado presentes á todo, habían observado dónde ponían á su adorado Maestro, habían mirado con ansia, con curiosidad deseosa de volver á mirar para hartarse, cómo quedaba aquel sacrosanto cadáver. El día antes habían descansado, el sábado de los judíos no les permitía ni cumplir aquel oficio de piedad. Por eso hoy han madrugado más que la alondra mañanera, y van á ver aquel cadáver, para ellas tesoro, y no sólo á verle sino á ungirle, y se preguntan con insistencia:

—¿Quién nos apartará la piedra del sepulcro? Ya le habían embalsamado José de Arimatea y Nicodemus; pero no importaba, no habían sido ellas y ellas que habían obsequiado en vida á su Maestro, habían de ser las que le ungiesen después de muerto.

Tenían razón; Jesús había agradecido y premiado en vida sus servicios; ellas eran, por lo mismo, las más llamadas á procurar la conservación de su santo cuerpo. Aquellos aromas y unguentos serían testimonio de su fidelidad inquebrantable, de su amor ardiente, de la firmeza de su adhesión. ¡Cómo levantan el ánimo en medio de aquella desbandada general la constancia y valor de estas piadosas y varoniles galileas!

Están llegando al término de sus deseos; pero en este momento tiembla la tierra, como había temblado, el día del horrendo deicidio; los guardias huyen despavoridos y aparece volcada la lápida que cubría el sepulcro. Las santas mujeres quedaron consternadas, creyeron les habían robado al que pensaban ver unguido, y pareciéndoles su mal sin ningún consuelo, rompieron á llorar. *¡Tulerunt Dominum et nescimus ubi posuerunt eum!* Llevaron al Señor y no sabemos dónde le han puesto, fué el mensaje que dió la Magdalena á Pedro, mientras sus compañeras continuaban llorando al pie del sepulcro y no acertaban á separarse del lugar de sus recuerdos. ¡Y no consolaréis, Señor, á vuestras amantes siervas; no mostraréis vuestra hermosura á quienes tan afanosamente os buscan!

De repente aparecen ante sus ojos dos ángeles; el traje es blanco como la nieve y que relampaguea como la luz del sol. “No temáis, les dice, ya sabemos que buscáis á Jesús de Nazaret, el crucificado; resucitó, no está aquí; mirad y ved el lugar donde había sido puesto.” Miran y ven el sudario que había cubierto aquella santa cabeza, los lienzos que habían ligado los pies y las manos y la santa sábana que había envuelto el cuerpo del divino Redentor; pero el sepulcro estaba vacío. “Id, añadieron los ángeles, y decid á los discípulos que resucitó el Señor y que va delante de vosotros á la Galilea, como os había prometido; allí le veréis todos.”

He aquí el mensaje de alegría, de esperanza, de

universal contento que repercute en todos los puntos del globo y remueve todos los corazones.

Esta es la Pascua de los cristianos, el día de su redención, el aniversario del día en que rompieron las cadenas de su cautividad y nacieron á las auras de la libertad. En estos días todo parece que respira más alegría; el cielo parece más diáfano, el ambiente más sereno y perfumado, la gente más dichosa, la juventud más inocente, la vida más hermosa, los ensueños más ideales. ¿Qué será sino que flota en los aires el eco de aquel mensaje del cielo, *resucitó el Señor?* El hombre se olvida por unos momentos de que es hijo de Adán, y sólo se acuerda de que es hijo de Dios; por unos instantes parece que se cree dichoso, inmortal, divino, porque resucitó su Redentor, y de boca en boca, de pueblo á pueblo, de polo á polo se repite sin cesar el grito de victoria, el cántico de alegría, la voz de libertad universal; *alégrate, hermano, que resucitó el Señor.*

En la Resurrección de Cristo debemos alegrarnos todos los cristianos. Quede la tristeza y la confusión para aquellos miserables que, después de crucificar al Enviado del Padre celestial, todavía se ofuscaron más al verle triunfante y resucitado; lloren esos desdichados á quienes tanta luz sobrenatural no alumbró, sino cegó; lleven sobre sí la maldición que ellos mismos se desearon esos protervos que tan obstinadamente resistieron al Espíritu Santo. Para nosotros es la paz, la alegría, la victoria, porque el triunfo de nuestro Redentor fué el triunfo de todos. El murió para matar la muerte, El luchó para romper nuestras cadenas, El resucitó para ser nuestra resurrección y vida. La Resurrección de Cristo es prueba clara de que Dios Padre había aceptado su sacrificio por la redención del mundo; es testimonio irrefragable de la verdad de su doctrina; es esperanza cierta de que también resucitaremos los que en El creemos y á El amamos.

En los oídos de todos debe resonar el mensaje que los ángeles dieron á las piadosas mujeres: *decid á sus discípulos que resucitó el Señor.*

Descansad, piadosas galileas; vuestra fe, vuestro amor, vuestra piedad ha recibido el premio merecido;

vosotras habéis sido las mensajeras que alegraron al mundo entero; vosotras lanzasteis á los cuatro vientos el grito de la redención universal, el anuncio del triunfo de nuestra raza sobre los poderes del Averno. El mundo os creyó, y en esa creencia halló su paz, su bienestar, su transformación. ¡Cuán cierto es que Dios escoge los instrumentos más flacos para hacer las mayores maravillas! ¡Quién tuviera vuestra piedad, vuestra constancia, vuestra fortaleza para confesar á Cristo! Mereceríamos como vosotras ver no sólo á los ángeles, sino al mismo Señor de los ángeles, y oiríamos de boca del mismo Redentor las palabras con que enjugó vuestras lágrimas y os anunció vuestra gloria futura: *subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios*. Pero estas palabras nos consuelan tanto á nosotros como á vosotras, porque fueron dichas para todos los que habíamos de amar al que vosotras ibáis á unguir.

Regocijémonos, pues, porque ha sido inmolada nuestra Pascua, que es Cristo; que no haya en nuestro banquete pascual fermento de iniquidad ni de maldad, sino sólo ánimos de sinceridad y de verdad, y que de nuestro pecho inflamado en el amor á Jesús, dominado por la presencia de Jesús, brote el saludo de entusiasmo y de triunfante regocijo: *alegráos, que resucitó el Señor*.

FR. C.

VISIÓN PROFÉTICA CUMPLIDA

(LEYENDA)

ALLÁ por los años de 1226 de la Era Cristiana, hora en que el astro rey aparecía risueño por el Oriente, coronando con sus límpidos rayos las cimas de los Apeninos, un ermitaño de aspecto venerable, llamado por las gentes el Bueno, tocaba á las puertas de un castillo feudal de Italia, pidiendo hablar á la señora que en él moraba. Vivían allí los Condes de Aquino, emparentados con los Emperadores de Alemania y los Reyes de Aragón. La gravedad

teutónica y la sangre española, desposadas bajo el hermoso cielo de Italia, daba á la noble familia un carácter legendario á la vez majestuoso, guerrero y cristiano. Tan luego como la buena señora supo que el ermitaño la llamaba y esperaba, bajó presurosa con abundancia de limosna, según era su costumbre, para socorrer al pobre que á su puerta esperaba; mas cuál sería la admiración de la noble Condesa, al ver que aquel venerable anciano en lugar de extender su mano de mendigo, como acostumbraba, permanece inmóvil ante su presencia, y dejando escapar de sus ojos una mirada de profeta, la dice con voz temblorosa:

«No vengo hoy, Condesa, á pedir os limosna; cosas muy grandes, que el Señor me ha revelado, vengo á comunicaros. Sois madre venturosa, porque el fruto que en vuestro seno lleváis, será por su santidad y sabiduría asombro del universo; brillará como un sol en el firmamento de la Iglesia, y sus rayos esplendorosos servirán de norte y guía á todas las futuras generaciones de sabios; consultarle han las Universidades y los Concilios, los Reyes y los Papas; será el más santo entre los sabios y el más sabio entre los santos. Le pondréis por nombre Tomás, que significa abismo, porque abismo de ciencia será su alma». — La humilde señora, al oír tales nuevas, parece turbarse, pues no se creía digna de ser madre de tal hijo. Mas él la vuelve á decir: «¡Oh Condesa! la divina Providencia, en recompensa de tu grande piedad, quiere que seas madre venturosa».

Dichas estas palabras, el venerable anciano se retiró, dejando hecho el primer panegirico de Tomás de Aquino y delineada su gigantesca figura.

La profecía se cumplió. Tomás fué un santo, fué un sabio. Al profeta de la soledad ha venido haciendo coro la voz unánime de siete siglos, y la Iglesia y los sabios, cuando se hallan en presencia del hijo afortunado de la Condesa de Carraccioli, le llaman Angel de las Escuelas, Maestro de la Teología, Aguila de la Filosofía, Doctor Angélico y Sol de la Iglesia.

Siendo aún muy niño, ya en el alma y corazón de Tomás había algo de los planes gigantescos á que la Providencia le tenía destinado, pues apenas sabía balbucir, ya en su candoroso corazón sentía un estímulo, un impulso sobrehumano que le forzaba á salir de sí y preguntar á sus maestros: ¿Qué cosa es Dios? y á las contestaciones que le daban respondía el niño Tomás: Muy bien decís, pero el Dios que

siente y á que aspira mi corazón, es algo más; y volvía á repetir una y más veces: *¿Quid est Deus?*, decidme: ¿Qué cosa es Dios?

Pocos años después, el hijo predilecto de la Condesa Teodora, despreciando la gloria de su sangre, las grandezas del mundo, sus honores y esperanzas, viste el humilde hábito del Patriarca de Guzmán. Sus superiores, conociendo el gran tesoro que tenían en Fr. Tomás, le ponen bajo la dirección de Alberto Magno, estudiando todas las ciencias de la época, con tal avidez, que mereció los más encomiados aplausos de sus maestros y condiscípulos, en las célebres Universidades de Colonia y de París. Y después de haber enseñado con gloria y provecho en los principales centros de estudios... y después de haber dado cima á muchas obras y trabajos, que bastarían para ocupar la vida de muchos hombres, concibió la idea sublime de resumir toda la ciencia que había derramado en sus escritos en una sola obra, que fuese como la síntesis de todos sus estudios; y esa Iliada de sus aspiraciones apareció con el nombre de *Suma Teológica*, la obra más sabia, más sana, más pura que salió de las manos del hombre; pirámide gigantesca de la sabiduría, cuya base se apoya en la eternidad de la palabra de Dios, y cuyo vértice se esconde en las nubes de la gloria. Libro del que se ha dicho que después de la Suma de Tomás no resta al hombre otra cosa mayor que la visión beatífica. Libro ante el cual la pléyade de teólogos de siete siglos se ven precisados á doblar su rodilla y exclamar: *non plus ultra*, no más allá.

Pero Santo Tomás no es sólo el príncipe de los teólogos, es algo más; es el doctor de la humanidad, el gran maestro del saber humano, el eximio director del pensamiento científico, el patrono y guía por derecho propio de todos los centros de enseñanza; porque Santo Tomás es el gran lógico, el gran metafísico, el sublime teólogo, el incomparable moralista, el peritísimo en ciencias político-sociales, el poseedor de la perfección, que en su tiempo alcanzaron los estudios físicos, matemáticos y naturales, y el asentador de las bases del futuro progreso de esos mismos ramos del saber. Por eso un escritor insigne ha dicho que el Doctor Angélico «es la gloria de la filosofía, las delicias de los grandes ingenios, el ornato de todas las ciencias, el alcázar de la religión, el sostén y columna de la Iglesia, el que ha bebido en las fuentes mismas de la divinidad, el más docto de todos los santos y el eximio entre todos los sabios, el maestro de toda disciplina,

el que como el sol eclipsa á los demás astros del saber». Y otro exclama: «¡Santo Tomás, qué hombre, qué genio! Es la razón humana elevada á su más alto grado de potencia. Más arriba de los esfuerzos de su raciocinio está la visión de las cosas del cielo. Aquí abajo no puede la razón subir más alto, ni ver más claro...»

Y el inmortal León XIII, haciéndose eco de todos los siglos, y sintetizando el juicio de la Iglesia Católica acerca del astro aquinatense, le declaró patrono de los estudios en todo el universo, ciñéndole la corona suprema de gran Doctor de la humanidad y gran maestro del saber humano.

Esta gloria de Santo Tomás de Aquino jamás palidecerá entre las nebulosidades de los siglos; su nombre, á través de los tiempos, aparece cada día más brillante y esplendoroso, y su doctrina, sujeta como todo lo grande y divino á la prueba del combate y del odio, después de haber visto pasar doctrinas y más doctrinas, en un tiempo muy encomiadas, para caer bajo las losas del olvido, permanece inmóvil, cual roca besada por las agitadas olas de la mar, á pesar de los esfuerzos del Racionalismo y del Modernismo, á pesar de los combates de esos hombres sin fe y sin religión, que maldicen al fraile medioeval, llamándole obscurantista y retrógrado, cuyo último grito de agonía, salido de sus desgarradas entrañas, es aquel *Tolle Thomam et dissipaba Ecclesiam*, de uno de los mayores heresiarcas; porque Santo Tomás, como dijo su insigne maestro, Alberto Magno, «ha trabajado por todos hasta el fin del mundo; y cuantos de aquí en adelante trabajen, trabajarán en vano, ó habrán de seguir sus huellas».

FR. M. F.

UN CASO DE ATAVISMO

(Trazos de brocha gorda)

EN un pueblo de Castilla ocurrió un caso muy curioso, que, por ser bastante frecuente en todas las partes del mundo, hasta ahora descubierta, no quisiera que el benévolo y paciente lector de estas líneas se volviese la cabeza tarumba, averiguando dónde tuvo lugar á punto fijo lo que voy á contarle.

Es el caso que un chicuelo de unos diez y pico de años, que hasta aquel entonces había sido muy formal y juicioso, y aun corrió fama de que debía ser un bendito, comenzó á mudar de vida y á ser un pillo de siete suelas, que nadie podía poner coto á sus atrevimientos y demasías. Nada, nada, él se las echaba de gracioso, y bajo el *tolerable* nombre de chanzas y bromas..., decía cada barbaridad que temblaba el misterio. Con sus atrevidos chistes y con sus mil y tantas paparruchadas necias y tontas, pronto se conquistó la no envidiable fama que expresaban los feos calificativos de *patrañero*, *paparruchero* y hasta con mucha malicia le llamaban *alcarreño*, que con su falsificada miel de *Alcarria* á todos envenenaba. Y ¿qué más? Llegó á tal extremo con sus muchachadas y mentecateces, que era un continuo peligro para el vecindario. Aquí maltrataba á un inocente é indefenso niño; allí destrozaba un rico sembrado; más allá destruía una pared, algún molino ó edificios parecidos; á fulano le cercenaba los árboles frutales; á zutano le destapizaba un prado; á mengano le desgraciaba un animal y hasta los cepillos de la iglesia no estaban seguros y libres de sus visitas *rapaceras*; en fin, que no tenía el diablo por donde desecharle.

Como es claro, el muchachuelo comenzó á ser la piedra de escándalo para muchos y la víctima ó el blanco, por consiguiente, de las iras y juicios y sospechas más ó menos bien fundadas. Unos decían: ¿Si estará chiflado? ¿Si estará poseído?, decían otros. Lo que debe haber de cierto, murmuró un tercero, es que ese desgraciado no debe estar bautizado y así obra como deben hacer los gentiles. Cundió rápidamente este parecer por todo el pueblo, y complacidos y convencidos de que sin vuelta de hoja era así, fueron en comisión al párroco respectivo y le suplicaron muy encarecidamente, y con el alma y el corazón en las manos, que, por Dios y por todos los santos, hiciese el favor de bautizar aquel chico, y que le obligase á mudar de nombre, y antes que le echase los *soscismos*, por si acaso... El cura, como hombre de muchas letras y experimentado, no quiso acceder de buenas á primeras á las propuestas de sus celosos feligreses: dijo que averiguaría el caso y luego sentenciaría.

Miró en primer lugar la fe de bautismo, y, efectivamente, estaba bien expreso el día y el año del bautizo, y quiénes eran sus padres y quiénes sus padrinos; de modo y manera que no le quedó la menor duda, y, para mayor certi-

dumbre, hasta recordaba circunstancias muy minuciosas, como la de habersele apagado la vela al sacristán al tiempo de derramar el agua sobre la criatura.

Cátate ahí, se dijo para sus adentros, que de otra cosa depende la locura del chico, ni más ni bromas: el chico bien bautizado está, y para ser cosa del diablo tampoco lleva cabo; lo que hay es que ese muchacho perdió el juicio y no hay quien se lo ponga. En efecto, se entera el cura de la vida íntima del aludido personaje, y, como suele decirse, *al primer tapón zurrapas*. Claro, como no tenía padre ni madre, los dos hermanos que le quedaron eran peores que Caín y le enseñaban cada cosa que ¡válganos Dios! Todas las noches le daban una lección de *gramática parda*, y entre los malos hermanos y peores amigos de éstos, consiguieron torcer las buenas inclinaciones de aquella alma cándida y tierna. En vista de la pesquisa hecha, el cura les endilgó un tremendo sermón y los amenazó con un escarmiento que había de perpetuarse en la memoria de todos los que tuviesen noticias de lo ocurrido. Y ¿qué más? Aunque el chico era hijo de padres muy cristianos y le habían educado con esmero, como heredaba más que todos los otros hermanos la naturaleza un tanto traviesa y mal domesticada de su abuelo paterno, no le hicieron falta más argumentos al cura para convencer á los jueces del desgraciado de que sí, era un caso de atavismo.

Aprendan los padres de familia á dar buena educación y ahorrarán la futura y necesaria ignominia de verse reprobados y deshonorados por su posteridad. Y los hijos aprendan á obedecer, á no engolondrinarse y á no seguir ciegamente los malos impulsos de la carne.

F. W.

A Santo Tomás de Aquino

(P O E S Í A)

¿Qué te dirá mi lengua
Que no resulte en mengua
De tu gloria, ¡oh Tomás! sol refulgente?
¿Cómo con voz humana.
Decir la soberana
Ciencia que atesoró tu vasta mente?

Por loco se tuviera
Al que secar quisiera
Los abismos del mar inagotables;
Demente se mostrara
El que medir osara
De tu genio los senos insondables.

Tu vasta inteligencia
Las aguas de la ciencia
Reunió como en océano profundo;
De allí se han derivado
Las que han fertilizado
Los áridos desiertos de este mundo.

En tí con eminencia
Se hallan virtud y ciencia
Con lazo fuerte, indisoluble unidas;
Batiendo estas dos alas,
Altitudes escalas
A la mente del hombre defendidas.

A tu vivaz mirada
Se muestra desvelada
Naturaleza y todos sus secretos,
El Dios Omnipotente
Depositó en tu mente
De su alta Providencia los decretos.

Tú, cual astro divino,
Señalas el camino
Del saber, esmaltado de esplendores;
En pos de tus centellas
Giran otras estrellas
Que reciben de tí vida y fulgores.

Eres la fuente pura,
Que, manando en la altura,
Hasta el valle descende con presteza,
Y allí el paso acortando,
Todo lo va dejando
Sembrado de verdor y de belleza.

De tus puras doctrinas
Las aguas cristalinas
Beberán los futuros adalides;
Por ellas inspirados,
Lucharán esforzados
Contra el error y sus vanos ardides.

Falanges aguerridas,
Con tus armas vestidas,
Marcharán al combate cual leones;
Llevándote por guía
En la ruda porfía,
Del vicio abatirán los escuadrones.

Y luego en tus altares
Coronas á millares
Depondrán dedicadas á tu gloria;
Y de entusiasmo henchidos
Sabrán agradecidos
Dulces himnos cantar á tu memoria.

¡Salve, genio profundo,
Maestro sin segundo!
Clamarán los que sigan tus banderas.
¡Salve, faro luciente,
Estrella refulgente!
Clamarán las edades venideras...

La estela de tu gloria
No será transitoria,
Como son las humanas vanidades;
Será tan duradera
Como el Sol en la esfera;
¡Durará, mientras duren las edades!

FR. J. P.

UN MODELO DE VIRTUD

(CONTINUACIÓN)

ERA el 11 de Enero de 1881. Fr. Rafael se disponía para hacer su profesión. En aquellos instantes brotaban de su alma, inflamada por la caridad más ardiente, jaculatorias, suspiros amorosos, coloquios divinales: eran verdaderas llamaradas que, oprimidas por la intensidad de un fuego acrisolador, exhalaba con ímpetu aquel corazón henchido de sentimientos y de deseos heroicos. «¡Oh dulce Jesús, exclamaba él, os entrego mi alma, mi espíritu, mi voluntad y mi cuerpo para que dispongáis de mí á vuestro agrado... Os pido que recibáis esta ofrenda, porque es sincera... En recompensa de la donación que hago de mí mismo por los tres votos, os pido á Vos, que bajáis diariamente sobre el altar para entregaros á mí, indigno, os pido que me concedáis una humildad profunda, una obediencia viril, una renuncia completa á mi propia voluntad y á mi propio juicio».

Después, según su costumbre favorita, invocaba la ayuda de María Inmaculada, la de N. P. Santo Domingo y la de todos los santos y santas de la Orden.

Con estas disposiciones fué á postrarse á los pies del Padre Prior, respondiendo á la pregunta que éste le hizo, *¿qué pides?*, con aquellas palabras litúrgicas: *La misericordia de Dios y la vuestra*. Puesto de rodillas, colocó sus manos sobre las del Superior en señal de homenaje, y con el libro de las Constituciones abierto, como para protestar que ellas habían de ser su regla de vida, pronunció la fórmula de la profesión.

El rito de la profesión en la Orden de Predicadores, á pesar de su sencillez, á pesar de estar destituído de todo aparato pomposo, ó quizá por eso mismo, deja en el alma una impresión profunda, indeleble. Las dulces armonías del *Veni creator Spiritus* parecen dotadas de una virtud mágica que despierta la devoción aun en el alma atormentada por la aridez y el abandono. Por asociación de ideas, siempre que nuestros oídos perciben los ritmos de esas estrofas, se revela al alma un pasado que le regocija, agita nuestro corazón un sentimiento que le da vida: es indudablemente el eco del momento de nuestra profesión.

Si fueron breves y sencillas las ceremonias exteriores del acto, era muy grande el gozo que experimentó Fr. Rafael en su interior. «¡Dichoso día, escribe él, feliz momento en el que he dicho á mi Dios: Héme aquí, amantísimo Jesús: á Vos me entrego completamente». Y después de su alocución acostumbrada á Jesús y á María, se dirigía á N. P., diciendo: «Amantísimo P. Santo Domingo, ahora contáis en vuestra numerosa familia un nuevo hijo: concededme la gracia de ser verdadero hijo, dadme vuestro espíritu, haced que ame más y más esta vocación tan bella y sublime, que observe fielmente durante toda mi vida las leyes santas de vuestra Orden y que muera antes de faltar á uno de los tres votos que acabo de pronunciar delante de los altares».



El mayor tormento para los santos es la desolación interior. En medio de las tinieblas, de los temores y angustias se encuentra el alma en un estado de agitación intensísimo, aunque estéril, porque en ninguna parte encuentra reposo ni alivio. Santa Rosa de Lima, el primer fruto de virtud que produjo la América, y el B. Enrique Susón, el místico sublime del Norte, estas dos almas heróicas, formadas en los claustros dominicanos, experimentaron durante largos años todos los horrores, todas las agonías que trae consigo la de-

solación. Pero en cambio, los consuelos que siguieron á estas amarguras inundaron sus almas en proporción todavía mayor.

Fr. Rafael, pocos días después de su profesión, se vió sumergido en ese mismo abandono. El fenómeno se había repetido algún tiempo después de tomar el hábito, pero ahora revestía otro aspecto más serio. Allí era el recuerdo de lo pasado, de su familia, de su padre lo que le atormentaba: aquí es la perspectiva del porvenir. Este se le representaba sombrío y lleno de inquietudes por su salud eterna. Por una parte se veía ligado irrevocablemente á un estado en que el no ir adelante es volver atrás; y por otra se creía incapaz de cumplir con las obligaciones estrictas de ese estado. Veía todas las asperezas de la religión reunidas en un cuadro desconsolador. Trabajar sin descanso durante cuatro ó cinco años en el estudio de la teología, levantarse á media noche, castigar su cuerpo con ayunos, abstinencias y otras privaciones, continuar toda su vida como esclavizado á la voluntad ajena, todo esto pintado con la viveza y austeridad con que él se lo imaginaba, le parecía sumamente penoso, difícil y capaz de infundir el desaliento en los ánimos más esforzados. Y después de estas reflexiones, para hacerlas más amargas, saturábalas con la enumeración de las infracciones de la ley cometidas después de la profesión. «No hace más que dos semanas que profesé, decía, y ya he faltado muchas veces á las santas Constituciones de mi Orden. Soy, pues, reo delante de Dios que tanto me ama. Ya este Maestro tan bueno no tendrá cuenta con mis sacrificios, no escuchará mis oraciones, porque le he abandonado después de prometerle completa obediencia... ¡Oh Jesús mío, oh Madre mía! ¿qué he hecho yo de mis votos? ¿dónde están mis promesas del 11 de Enero?» Y cuanto más meditaba, la nube de la desolación, ya muy densa, se extendía más imponente sobre su alma, obscureciendo su inteligencia é impidiéndole mirar hacia la bondad divina.

¿Dónde había de encontrar remedio para esta desgracia? Ya conocemos sus inclinaciones: en la que es *Consuelo de los afligidos*. De rodillas ante una imagen de esta Madre cariñosa, le expuso sus angustias, sus pesares, su agitación interior, pidiéndole valor para no quedar vencido en la lucha. Y al instante experimentó los efectos de esta oración humilde y paciente. La paz fué devuelta á su espíritu y la alegría á su corazón. Las densas tinieblas se trocaron en radiante

luz, y vió, y comprendió, y sintió toda *la Verdad*. «Soy un abismo de miseria, es cierto, exclamaba él... pero también mi Jesús es otro abismo de misericordia y de bondad. *Un abismo llama á otro abismo* (Ps. XLI, 8). El abismo de mi nada llamará, pues, el abismo de la misericordia de mi Salvador... Y así, unido á Jesús, seré más valeroso».

«Pero ¿dónde se realizará esta maravilla?... Mañana iré á la Sagrada Mesa y allí el sacerdote del Altísimo, me dará *su Jesús* que en aquel mismo instante será también mi Jesús, es decir, mi Salvador... y veré que sin El nada podía y que con El todo lo puedo».

«¡Oh Señor, mi corazón os desea ardientemente!»

«La sagrada Comunión es, pues, para mi absolutamente indispensable; es el arma invencible... el escudo invulnerable... la aurora refulgente que disipa las sombras de la noche. Es para mi lo que el agua para el pez, lo que el rocío de la mañana para la tierna planta... Mi corazón lucha valerosamente contra el infierno, y acabará por triunfar...»

«¿Qué sería yo sin la sagrada Comunión? ¡Oh Dios mío: lo sabéis mejor que yo! Sucumbiría al primer embate, quedaría como la flor que se inclina y se marchita desde que le falta la savia vivificadora.»

«¡Oh Madre de mi Dios! agradecedle el que diariamente se digne venir á mi pobre corazón... Por la santidad de Jesús, por vuestro Corazón inmaculado, purificadme para que cada día sea menos indigno de recibir al Dios de toda perfección.»

(Continuará).

SECCION DE NOTICIAS

Contra las escuelas laicas. — Siguen las valientes protestas de los católicos españoles contra las escuelas laicas. No solamente en las capitales de provincias, sino en casi todas las poblaciones de alguna importancia, se han celebrado mítines, y se han enviado al Gobierno telegramas y manifiestos, en representación de millones de españoles que condenan y maldicen dichas escuelas por antirreligiosas, antipatrióticas, revolucionarias é inmorales. En algunos sitios, como en Bilbao y Zaragoza, trataron algunos republicanos y socialistas de perturbar las reuniones de los católicos; pero éstos, que por experiencia han aprendido que hoy no basta rezar, sino que es preciso también combatir, supieron defen-

der su derecho, calentando de paso las costillas á algunos alborotadores.

Sermones del P. Secundino.—Después de haber predicado el P. Secundino Martínez, O. P., el triduo de Carnaval en nuestro templo de San Esteban, fué invitado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de esta Diócesis, para que predicase en la S. I. Catedral en los domingos de Cuaresma. En la Catedral, como en San Esteban, llamó en gran manera la atención por su palabra elocuente, majestuosa, seria, y más que nada, evangélica y persuasiva.

Cultos á Santo Tomás.—Nuestro Angélico Maestro Santo Tomás de Aquino ha sido honrado como en años anteriores en el día de su festividad con fiestas religiosas y literarias por casi todas las Universidades, Seminarios y demás centros de enseñanza. En Salamanca la Academia establecida en el convento de San Esteban, le dedicó una misa solemne con notable sermón del P. Matías García, que es su Presidente, y por la tarde una velada literario-musical, á la que asistió un culto y numeroso público. También nuestros jóvenes estudiantes del Noviciado celebraron otra velada en este mismo sentido. Tuvo lugar el día 13 por la tarde y fué presidida por el ya mencionado P. Secundino, que al fin de ella habló como él sabe hacerlo, alabando los trabajos de los jóvenes y animándolos á imitar á su hermano y patrono Santo Tomás en la virtud y en el amor al estudio.

Nueva revista.—La fiesta de Santo Tomás ha sido señalada este año con la aparición de una nueva revista científica que se titula «La Ciencia Tomista», redactada por los PP. Dominicos españoles. Es bimestral, y formará cada número un volumen de 150 á 200 páginas. El primero contiene cuatro artículos fundamentales, dos extensos boletines, uno de Sagrada Escritura y otro de Derecho, diez y ocho crónicas científicas de otras tantas naciones, y resúmenes de una multitud de libros y revistas. A pesar de tanto trabajo como supone, su precio es de diez pesetas al año, resultando por su economía, por su seriedad y por la abundancia de datos científicos la mejor de todas las de su clase que hoy se publican en España. La Dirección está en *Santo Domingo el Real, Claudio Coello, 114.*—Madrid.

Restitución.—Una pobre señora de Pamplona tuvo la desgracia de ser engañada por un estafador que la presentó un décimo de lotería falso que representaba un número premiado. Poco después le fué presentado el décimo verdadero expendido por ella y tuvo que pagarlo segunda vez. Por más que hizo las investigaciones posibles, tuvo que resignarse con la pérdida; pero hace poco le fué restituída la cantidad por medio de un religioso á quien el ladrón la entregó bajo secreto de confesión.

Nuevas conversiones.—Vicente García Martínez, que volvió ha poco enfermo de Melilla, ha entrado de nuevo en la Religión Católica de que

abjuró en 1906, en dos escritos dirigidos al Arzobispo de Valencia y al Alcalde de Carlet, los cuales escritos fueron publicados en el periódico impío «El Pueblo», de Valencia. La retractación pública que acaba de hacer de sus errores fué recibida por el Arzobispo de Sevilla y por el de Valencia á quien pidió humildemente perdón. — De igual modo Rudesindo Rizo Domenech ha retractado en Lérida sus errores y anulado una escritura en que constaba su resolución de no recibir los Sacramentos y enterrarse por lo civil.

Escándalos y arbitrariedad. — El Gobierno jacobino y ateo que oprime á Francia y la deshonor ante el mundo civilizado, está cometiendo toda suerte de atropellos contra la Religión y sus Ministros. El Cardenal Luçon ha sido condenado por los tribunales civiles á pagar 500 francos de multa á la federación de maestros, por haber firmado la carta colectiva de los obispos franceses, condenando varios libros de texto por impíos, revolucionarios é inmorales. Al Obispo de Nancy se le ha formado otro proceso por igual motivo. A un sacerdote que habló desde el púlpito, condenando los libros y las escuelas en que se enseña el odio á la Religión y á la Patria, se le impuso la multa de 200 francos. ¿Qué más? Hasta á los padres que se niegan á enviar sus hijos á dichas escuelas se les condena á pagar fuertes multas. — Para mayor honra y gloria del Gobierno francés, que expulsó las Ordenes religiosas y confiscó todos sus bienes, se están descubriendo ahora las estafas escandalosas cometidas por los liquidadores encargados de la venta de esos bienes. Uno de ellos, M. Duez, que hace pocos días fué preso, había robado nada menos que cinco millones de francos, sin que se sepa qué destino les dió. Y lo más grave es que, al parecer, no está sólo Duez; otros muchos han comido con los bienes robados á los frailes; pero el Gobierno masónico, que tiraniza la nación vecina, tiene interés en que no se descubra todo el embrollo.

Vean por aquí los católicos españoles á qué extremos puede llevar á una nación un mal Gobierno, y miren bien á quién dan su voto en las elecciones de diputados y concejales

Cruzadas del Rosario. — En medio de tantos males como afligen á Francia, es consolador ver el fervor de los católicos para implorar del cielo el necesario remedio. Recientemente se ha abierto una cruzada del Rosario con este objeto, y en pocos días se han recogido ofrecimientos de ciento treinta millones para rezar el rosario. Mucho fruto podría hacerse en España, si se introdujese algo semejante á lo que se hace en Bélgica y Francia. Una de estas cruzadas ¿no sería un medio poderoso para que el cielo nos librase de una inminente calamidad pública ó de cualquier peligro que amagase á la Religión ó á la Patria?